

**la sombra del
HALCON**



**MICHAEL
NICHOLSON**

Una explosión en el banco de la calle Threadneedle: 4.250.000 libras en lingotes de oro cambian de dueño. Cinco muertos y once heridos.

Una plataforma petrolífera frente a la costa de Yorkshire, es bombardeada: hombres envueltos en llamas saltan al mar. Se producen muchas víctimas.

El marxista Secretario General del Sindicato Nacional de Ferrocarriles cae por la escalera mecánica más larga y más inclinada del mundo: la de la estación de metro de Leicester Square. Ha sido asesinado.

¿Están relacionados estos sucesos? ¿Es el principio –sólo el principio– de un golpe de estado fascista en Gran Bretaña? El primer ministro está asustado, el Gobierno desconoce lo que sucede.

¿Qué ocurre cuando un grupo de hombres y mujeres influyentes trata de tomar el poder en Inglaterra?

Para mi mujer, Diana.

«En las cacerías de perdices, se volaba la cometa, para que cuando las aves levantaran el vuelo, al ser espantadas por los batidores, viesen encima de ellas la silueta de un halcón, y se quedaran volando bajo, convirtiéndose así en un blanco más fácil para los cazadores.»

Del Museo, Brympton D'Evercy House. Somerset.

VIERNES 10 DE DICIEMBRE

La explosión fue programada para las 6,45 de la tarde, una hora después de que el director del Banco, su ayudante y tres guardianes cerraran las puertas y se fueran. Las siete barras de oro estaban celosamente apiladas en la cámara de seguridad, a veinte pies bajo el suelo.

La onda expansiva hizo volar toda la pared del edificio, situado en Threadneedle Street, en plena City de Londres. Cinco personas, que estaban en la parada de autobús de Bishopgate, murieron en el acto, y otra fue llevada al hospital, mutilada por la lluvia de cristales y piedras. En medio del caos, las siete barras de oro fueron remolcadas por una ambulancia que recorrió la media milla hasta Gardeners Corner, Whitechapel, donde el East End se une con la City. Individuos vestidos con el uniforme del Servicio de Ambulancias de Londres empujaron las vagonetas hacia otros hombres que llevaban cascos, viseras y uniformes de guardias de seguridad, quienes, sujetando el impulso de las vagonetas, las subieron por unas rampas de acero hasta los fácilmente reconocibles camiones blindados. A las siete y tres minutos –dieciocho minutos después de la explosión de 400 libras de gelignita C4– la ambulancia y los camiones blindados tomaron direcciones diferentes. Y cuatro millones de libras en oro iban al encuentro de sus nuevos propietarios.

A unas 190 millas de allí, justo al norte de Flamborough, en la costa de Yorkshire, un helicóptero «Alouette»

salió del helipuerto de la Temax International Oil Company, con las luces rojas de posición girando en la cola y en la cúpula de plástico.

La visión y el sonido del «Bravo Lima» de la Temax eran familiares a cualquier hora del día o de la noche, transportando ejecutivos e ingenieros de la empresa petrolífera a cincuenta millas de distancia, hacia el Mar del Norte, hasta las tres plataformas de sondeo instaladas en la zona de licencia ZB38. Pero esa noche el «Bravo Lima» estaba realizando un vuelo fuera de programa. Cuando el sonido de las aspas desapareció bajo la lluvia, el piloto y el personal de tierra estaban ya marcando el 999 desde los teléfonos instalados en el cobertizo de la tripulación y en la parada de taxis cercana.

El nuevo piloto del «Bravo Lima» había ya hecho girar el aparato colocándolo en una dirección de 036 grados mag., lo que, con una velocidad de vuelo constante, le llevaría a su destino en menos de veinte minutos. Cuando el otro pasajero hubo desempaquetado, desprecintado y preparado la bomba, el reflejo amarillento de la plataforma de la Temax «Virginia» se veía claramente a la derecha, a menos de trescientas yardas, y doscientos pies más abajo.

El blanco era perfecto. Gracias a la espoleta de acción retardada, en quince segundos el «Bravo Lima» se había alejado ya a seiscientos pies de la zona de metralla cuando la explosión arrancó de cuajo parte de la plataforma de acero próxima al cobertizo de los generadores. Se desencadenó entonces una serie de pequeñas explosiones secundarias, derramándose cientos de libros de aceite diesel, hasta que toda la plataforma, casi la mitad de un campo de fútbol, ardió por los cuatro costados. El piloto del «Bravo Lima» retomó el rumbo, manteniendo el aparato por debajo de la línea de vigilancia del radar. El otro pasajero envolvió cuidadosamente en un pañuelo blanco un pequeño destornillador y unas pinzas cromadas y miró

por encima de su hombro. A tiempo para ver cómo los hombres se arrojaban al mar, envueltos en llamas.

Reginald Scammill no tenía necesidad de llevar un abrigo tan pesado: se encontraba sudoroso e incómodo. Llovía ligeramente, pero no hacía nada de viento. Se abrió el cuello para aflojarse la corbata, y notó cómo saltaba el botón. Casi iba corriendo, abriéndose paso entre la muchedumbre de la tarde. Pero en cuanto entró en la estación de metro de Leicester Square, recordó que iba hacia su casa, y se relajó un poco. Se metió en la cola, pagó su billete a Buckhurst Hill, hacia su santuario privado. Abrió las manos, regordetas, rosadas, de dedos amarillentos, y vio la marca que las uñas habían dejado en las palmas. Desde que salió de Bruselas, tres horas antes, había mantenido las manos fuertemente apretadas. Pero antes de una hora estaría tomándose su chocolate de todas las tardes, en su cocina, y con su esposa.

El viaje había sido un éxito —tanto, que casi no se lo podía creer—. Y tampoco la dirección. Les había dejado unos minutos antes, repasando el comunicado de prensa y discutiendo quién sería el portavoz en los informativos de radio y televisión del día siguiente. Pleno apoyo por parte de los belgas, holandeses, franceses e italianos —sólo los alemanes se habían negado a apoyar—. Pero ya no tenía importancia, teniendo asegurado un respaldo tan fuerte por parte de los demás. Había ganado, a pesar de la retirada de sus propios miembros, a pesar de los mezquinos ataques por parte de la prensa, a pesar de las advertencias de su tesorero de que sólo quedaba dinero para cinco semanas. Había salido airoso, y se sentía perfectamente preparado para la gran actuación final. ¡Y pensaba ganar! Se abrió paso por la puerta automática, maldiciendo cuando su cuerpo regordete quedó atascado. Llevaba una bolsita de plástico en una mano, y empezó a arrastrar su ma-

leta por la cinta de goma. Se paró al llegar al final de la escalera mecánica, luchando con el equipaje, guardándose las gafas y el billete en el bolsillo izquierdo del abrigo, una costumbre que evitaba posibles nervios en la puerta de control final. Era un hombre que se aturdiría con facilidad.

El hombre alto estaba detrás de él, muy cerca, con un paraguas. La estación de metro de Leicester Square tiene la escalera mecánica más larga y empinada del mundo. Reginald Scammill pisó el primer escalón, sintió un brusco empujón cuando el paraguas se le clavó en la espina dorsal, y vio rápida, pero lúcida, un anuncio de medias antes de caer hacia el suelo de cemento. Rebotó y se rompió violentamente el cuello en el primer impacto, veinte pies más abajo, tras haber caído dando vueltas.

El empujón había sido fuerte y seco, y cayó rápidamente hacia abajo, sin que el contacto con los viajeros que estaban de pie en el lado derecho le frenara en su caída. Pero cuarenta pies más abajo, su cuerpo, con el pesado abrigo ondeando, se estrelló contra un joven persa que hablaba gesticulando con una francesa a la que acababa de conocer en la cola. El cuerpo de Scammill arrastró al persa, con los ojos y la boca abiertos de par en par, hacia abajo, a más de cincuenta millas por hora. La francesa les siguió gritando, agarrándose ciegamente a la barandilla mientras caía a su vez. Los tres cuerpos aterrizaron abajo, con pocos segundos de diferencia, despatarrados el uno sobre el otro, como en una escena obscena tomada por una Polaroid. La maleta de Scammill, los papeles de negocios y la muda sucia de su bolsa de aseo se esparcieron por todas partes. La manecilla del reloj de pared se movió hacia las doce y diez.

La muerte de Reginald Scammill, militante comunista y secretario general del Sindicato del Ferrocarril, fue anunciada en las últimas ediciones de la prensa de Londres, y a la mañana siguiente se repartió los titulares con los otros dos sucesos: los cinco muertos en la explosión del Banco,

y la bomba sobre el «Virginia», que había causado un número diez veces superior de víctimas. Mientras que todos los otros periódicos dieron la misma importancia a los tres sucesos en sus portadas, el «Morning Star» consideró que la muerte de Scamill merecía un titular exclusivo. Su artículo decía: «Un portavoz del Sindicato del Ferrocarril confirmó esta mañana que el trágico fin del señor Scamill hace inevitable que la huelga internacional de trenes se aplase indefinidamente, dependiendo de su funeral y de la reanudación de nuevas conversaciones entre la Dirección y el Comité de Huelga. Durante la noche habrá una nueva iniciativa por parte del primer ministro. Los sindicatos de otros países europeos, que habían prometido apoyar la huelga, no se verán ahora obligados a comprometerse en lo que habría sido la primera huelga coordinada a escala internacional.»

El hombre sentado en un vagón de primera clase leyó uno a uno los periódicos que tenía cuidadosamente apilados a su derecha. Se estiró. El camarero pasó por el pasillo, llamando a los pasajeros para el primer turno de desayuno, mientras el tren pasaba por Derby, camino del norte. El hombre dejó su paraguas en el asiento junto a la ventana, y siguió al camarero por el pasillo, hacia el coche restaurante.

SÁBADO 11 DE DICIEMBRE

El primer ministro se volvió y escuchó involuntariamente. «Esto confirma todo lo que nos dijo», estaba diciendo Knightley, «todo lo que nos advirtió hace tres días. Dijo que habría un ataque a un banco. Dijo que habría un bombardeo –algo en que reconoceríamos de inmediato su valor simbólico– y un asesinato político. Está todo ahí, en el informe de Kellick».

Kenneth Knightley, secretario personal del primer ministro, observó el perfil de su jefe, en el primer piso del número 10 de Downing Street, ese edificio gris, impersonal, semioculto en un callejón sin salida de Whitehall.

La voz aguda y acusadora irritó al primer ministro, al recordarle los acontecimientos de la víspera, casi sugiriendo que él, Knightley, era en realidad el único en preocuparse por los problemas.

El primer ministro estaba hundido en su silla, mirando por la ventana el desfile de la Guardia a caballo, y el lago del parque de Saint James. Entre los plátanos desnudos podía ver la fuente y las estatuas de los cinco soldados en sus túnicas de piedra del Guards Memorial.

Lloviznaba. Siempre llovía, pensó, en ocasiones semejantes. Tenía una larga experiencia en desastres, a veces personales, otras políticos, normalmente una mezcla de ambos. Y él siempre parecía encontrarse en el mismo centro de esos desastres, siempre le tocaba a él encontrar una solución. O, si era posible, tenía que garantizar que alguien se ocupara del caso. Siempre había pensado que los primeros ministros eran imprescindibles.

Hoy era sábado, llovía, y Knightley acusaba. El primer ministro recordó el informe de Kellick. Richard Kellick era el jefe del Departamento de Operaciones Especiales de Estado, un Departamento relativamente nuevo dentro del

Servicio Secreto británico, que se ocupaba exclusivamente de las amenazas al Gobierno y a las instituciones vitales de la nación, y que no podían ser afrontadas por los tres servicios militares.

El Departamento de Operaciones Especiales de Estado no era el fruto directo de la mente del primer ministro, pero había nacido bajo su mandato. Y él llevaba varios años de primer ministro.

El primer ministro alcanzó el sobre que estaba sobre su escritorio de caoba, lo abrió y dejó el informe de Kellick sobre sus rodillas. El informe había sido sellado «para su interés privado exclusivamente», y según Kellick sólo otras tres personas lo conocían –el mismo Kellick, otro agente de su Departamento que lo había mecanografiado, y Knightley, que tenía que conocerlo antes o después–. El primer ministro habló por primera vez en los últimos diez minutos.

–Knightley –dijo volviendo la silla y abandonando la contemplación de Londres y su lluvia–, llame a Kellick. Que venga inmediatamente. Quiero que me lea este informe lentamente, para que pueda entender cada condenada palabra.

Knightley salió, y al volverse para cerrar la puerta vio al primer ministro, hundido en su silla, con las manos apoyadas en las páginas del informe, nuevamente mirando la lluvia por la ventana. Knightley se quedó mirándole, y pudo ver la caspa sobre los hombros del primer ministro. Minúsculas partículas de piel muerta, que brillaban como nieve sobre la tela oscura.

Me gustaría que nevara, pensó Knightley al cerrar la puerta. La primera vez en cuatro años –podría llevar a los niños a jugar al parque Richmond–.

Qué oportuno, pensó el primer ministro, que Scammill hubiera viajado pocos días antes de su maldita huelga. La huelga habría alterado el país entero. O, peor aún, habría llevado a una confrontación que casi seguramente le ha-

bría obligado a dimitir. No se puede sobrevivir sin un poco de suerte, y éste era el caso de mayor suerte que había tenido en mucho tiempo. Casi sonrió, pero su mirada se encontró con el informe, y de pronto se estremeció.

Advirtió en el pecho una sensación familiar –la misma que sintió sesenta años antes, al oír los pasos de su padre por las escaleras que conducían a su dormitorio–. La fuerte sensación de miedo al cinturón, que representaba el castigo paterno a sus fechorías infantiles, cometidas inocentemente, tanto tiempo antes.

La carpeta llevaba como título la palabra CORDON.

–La entrevista tuvo lugar el pasado miércoles, a las 9,30, en mi despacho. La grabamos, y sólo hay cuatro copias mecanografiadas –Kellick sabía que al primer ministro siempre le resultaba difícil escuchar, por lo que había perfeccionado un sistema de frases breves y directas para hablar con él.

El primer ministro no se dejó engañar por el interés de Kellick en agradarle.

–¡Kellick! –empleó la áspera voz nasal que normalmente reservaba para los miembros de la oposición–, no me interesan las dudas y titubeos que ha grabado usted. Quiero que me explique, lo más claramente posible, qué significa –a dónde conduce, con qué nos amenaza ese maldito hombre.

Kellick alzó los ojos.

–El hombre dice llamarse Sanderson, Francis Sanderson. No tenemos medios para comprobarlo. Cuando entró en la comisaría de Cannon Row, el jueves, no llevaba encima documentación alguna, ni permiso de conducir, ni cartas, ni siquiera una etiqueta del sastre cosida en la ropa. Toda la ropa que llevaba, hasta la interior, era totalmente nueva, casi toda comprada la víspera en unos grandes almacenes. El examen de sus zapatos y calcetines ha

demostrado que sólo los ha llevado por Londres. No tenemos sus huellas, por cierto, ni cintas con su voz. ¿Se nos permitiría encontrar el modo de que cooperase más?

El primer ministro miró a través de Kellick, como si su cabeza fuese transparente, y examinó la pared detrás de él. ¡Cómo odiaba el tipo de trabajo que Kellick representaba! Cómo los odiaba, sobre todo en estas ocasiones, con sus siniestras insinuaciones sobre posibles «persuasiones».

Recordó una conversación nocturna, regada de licores, unos años antes, cuando el secretario del Interior le dijo que las únicas técnicas de tortura que el primer ministro conocía eran aquellas que en la «profesión» se conocían como «métodos suaves».

—Cuando tengas el estómago tan duro como el corazón —le había dicho el secretario—, dile al refinado señor Kellick que te describa lo que hacen con los obstinados.

Kellick prosiguió:

—En el informe puede ver, señor primer ministro, que Sanderson entró en la comisaría de Cannon Row el miércoles pasado, 8 de diciembre. Insistió mucho en ver privadamente a un oficial. Por fin habló con un superintendente, y éste, cuando Sanderson mencionó a nuestro Departamento, nos llamó inmediatamente. En su informe, el superintendente dijo que el hombre le había impresionado, que se expresaba muy bien —a saber qué quería decir con eso—, que iba bien vestido, y que evidentemente no se trataba de un borracho, ni de un drogadicto o un loco.

»Sanderson fue llevado a mi Departamento a las 19,15, y yo le recibí a las ocho. Le pedí que repitiera todo lo que había dicho en Cannon Row y al agente que le había acompañado.

»Empezó diciendo que no existía modo alguno de comprobar lo que iba a decirme, ni tampoco de evitar los acontecimientos de que me iba a informar, y que ya, por otra parte, se habían puesto en marcha. Que ocurrirían

tres sucesos: un asalto a un banco importante, un bombardeo de cierta importancia simbólica, y un asesinato político. Dijo que no sería el asesinato de un hombre político, sino de significación política. Se refirió directamente a usted, señor primer ministro, en la frase siguiente, dejando entender que la víctima sería un enemigo o adversario suyo.

»En esto último estaba equivocado, si era Scammill el hombre que pensaban matar. La mayoría de los periódicos de hoy han publicado fotos de agencia tomadas en la Conferencia de Partido de este año, que le muestran a usted del brazo de Scammill, cantando.

—¡Siga, Kellick, maldita sea, y no divague! —el primer ministro apenas se movió, y su redonda cabeza gris se hundió aún más entre sus hombros. En la mano derecha sujetaba un bolígrafo de oro, de punta retráctil. Empezó a clavarla en la agenda abierta sobre el escritorio, de forma monótona e irritante.

Kellick prosiguió.

—Pues bien, a pesar del interrogatorio que esa tarde le hice a Sanderson, no conseguí sacarle ni media palabra más sobre esas amenazas de violencia. Reconoció haberse colocado en una posición de posible complicidad con los sucesos. Le prometimos que sería procesado, y seguramente condenado. No pareció inmutarse ante la perspectiva. Todo lo que añadió fue que, al venir a vernos, había de todos modos firmado su sentencia de muerte. Ante sus antiguos jefes, había cometido un delito de alta traición, y ellos hallarían el modo de ejecutarle antes que pudiera llegar a los tribunales. La segunda parte de la entrevista se refirió por completo a la estructura de esa organización. La tercera, al motivo por el que había desertado.

—La palabra «desertar» tiene un matiz político. ¿Lo sabía él al emplear ese término?

—Por supuesto, señor primer ministro.

Knightley removió unos papeles en su escritorio.

–Señor primer ministro –prosiguió Kellick–, con su permiso voy a leerle la parte que queda. Es breve, y va directamente al fondo del asunto.

–Hágalo.

El primer ministro se recostó en su silla, y con ambas manos cerró las cortinas, ocultando la húmeda tarde.

El esfuerzo le hizo congestionarse. La sangre afluyó a sus mejillas, pero de un modo desigual, como si se las hubieran pintado torpemente con carmín. Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y miró al techo.

Kellick sacó de su maletín un pequeño magnetofón «Sony». Apretó la tecla, observando los números que corrían rápidamente, hasta que una cifra coincidió con la de la columna situada a la izquierda de la página del informe. Entonces apretó el botón de la puesta en marcha.

La voz de Sanderson era grave, firme y precisa.

–La organización que he abandonado tiene intención de hacerse por la fuerza con el control del país. Tiene intención de quitar a este Gobierno para sustituirlo por un Gobierno de Unidad Nacional, convirtiendo a Inglaterra en un país monopartidista. Controlará los bienes de producción. Gran parte del plan inicial para apoderarse del comercio y de la industria se inspira profundamente en el fascismo italiano, el *fascio di combattimento* de los años veinte, y la organización cuenta con el apoyo de personas influyentes en áreas de vital importancia en el seno del ejército. Ha tejido cuidadosamente las redes de ese apoyo, de forma indirecta en los últimos ocho años, y de un modo directo, como tal organización, en los últimos treinta meses.

»No es una típica organización política, pues carece de dogmas políticos. No es revolucionaria, pero a sus dirigentes no les gustaría que les llamaran reaccionarios. Pueden definirse como «de derechas», si el término no tuviese tantos significados diferentes para tanta gente diferente. A